

SIGNOS DE TRANSITOS Y SIGLOS

Autor:

VICTOR H. VICUÑA

1: El presagio

... Y a horcajadas flotaba sobre la ola...

Había escapado al temporal...

Venía

con un monólogo de insomnios,

tras un azul moribundo de horizontes;

y sobre la ola encanecida

un cansancio de millas

despeinó su brújula.

De pronto

una gaviota bordó un auxilio de alas

y le llevó un saludo

de riberas y de esencias

en nombre del color de cada cosa.

Salida de la bruma

la nave crujía sobre la onda:

presagio en pie salobre

que habría de ser cifra de tormenta

en las profundidades de su anclaje;

y a huella de la estela,

rota ya la letanía de los monstruos

en el filón de los abismos,

fue creciendo el parche
en el ojo del pirata.

Azar de olas inconclusas...
Frufrú altanero de velajes...
Así fue navegada la distancia,
hoy medida en centurias
a guisa de epopeya.
Así advino este signo
de nave alucinante,
signo pérfido y crecido
en voraces clepsidras de antitiempo;
signo ambigüo y crepitante
en clarines
de antiencuentro de presencias;
signo imagen de su nave alucinante

2: El origen.

Antes del crepúsculo... Mucho antes
de este rastro en tropel de huesos indios
abría los caminos de sus búsquedas
el tendón de nuestra raza.
Fue en los tiempos de inventar los surcos
para sembrar los tránsitos del día
más acá del primer sueño.
Pues venimos...
Venimos desde las burbujas
que enfilaron los contornos bárricos
por entre los membrudos
faldones de la roca
y el vellón lujuriente
de la esmeralda vegetal:
desnudez y ropaje
en el clima del origen.
Venimos desde los memoriales
preinsertos en la curva de los tiempos,
cuando en los toldajes de su noche
buscábamos
en los ojos narcóticos del búho
respuestas a los foscos preludiales
de la magia, el tótem y el tabú.
Desde allí venimos.

Debimos ser
flejes de gritos imantados de ecos
por los desfiladeros del planeta,
pero nos perteneció
esta parte de su arcilla
desde que apretamos sus pezones
y pusimos en la boca hemedecida
la gratuidad de sus racimos.
Latimos por eso en raíz,
en tallo y en mazorca.
Por eso olemos
a tiempo y a maíz. Por eso
andamos con los gajos de las etnias
bajo el espeso follaje de los siglos
que contornean nuestra historia
junto a un vivero de mitos y leyendas.

3: La divinidad.

Oh, Sol, madeja del engendro
del hombre hecho en volcanes,
que adosado
a las gamas de tu espectro
lanzó sus pulsaciones
de ritos al espacio;
y en tus fulguraciones
de dios tangible
emporado en la epidermis,
emanaron sus luces interiores:
templo, cántico, oblación:
un más allá
del hombre y su envoltura,
un más acá
de las campánulas celestes
y sus pestañas de misterio...
Azulinidad... Infinitud...

Así te saludaron con néctar de maíz
los bermellones
de nuestra sangre antigüa,
y a ti volvemos
por las venas de los surcos;

volvemos
con nueva concepción de tus efluvios,
a 500 revuelos de tu luz

Volvemos
por tus espejos de aguas que bebimos
en los silabeos de los arroyuelos
y en los enormes vocablos de torrentes
con poesía
de espumas en sus vértigos;
el iris su acuarela,
su chispa el colibrí:
Oh, Sol, las aguas eran puras
y amigas de los cántaros

4: La naturaleza

La naturaleza movía sus canículas,
movía sus crepúsculos;
ovulación por las marañas,
gema ovoide en los aljibes;
murmullos en columpios multifáunicos,
coros densos, multirrítmicos.

Aves giranidos
abejas giraflores
cocuyos giraluces
coatíes girafondas
ardillas girarramas
monos giralianas
peces girarríos
peces giramares
ñandúes girapampas
güemules giralomas
llamas girasendas
osunos giranieves
lobunos girabosques
águilas girarriscos
cóndores giracielos
félidos y sierpes
prodigios y misterios
girajunglas
girafábulas

Maravillas en jaspe
y un mundo en movimiento,
con el lenguaje redondo
de sus vertebraciones
en los pámpanos del ombligo común
y sus brechas paridoras

Nuestromundo:
un gigante de fácil voz volcánica
con silueta entremares y entrepolos
piel de vegetales,
médulas metálicas.
Nuestromundo,
hoy rastro de indio
con tropezón de mestizaje,
a 500 meandros de su diáspora.

5: La tormenta

Sobre un jirón de vendaval de abismo
hay un puente de saltos pavorosos
para cruzar la historia;
se quebró el Sol junto a la estrella,
y el corazón de resplandor indiano
oyó restallar un miedo gris
sobre el jirón de vendaval de abismo.

Nosotros
que habíamos medido la capa del Sol
en su despliegue,
sin faltarnos vuelo casi nada;
Nosotros,
que buscamos
la piedra en su raíz oscura
y la apartamos de su viejo musgo
para apuntar nuestra presencia al tiempo;
Nosotros,
que enflorábamos la poesía
en las coloraciones infinitas
sentimos que ella se abría
y pedía plasmarse en el poema:
y nació Netzehualcóyotl;
Nosotros,

cuerpo en la piedra, alma en metales:
montaña y filigrana
en cánones estéticos;
Nosotros,
latido cosmogónico
al soplo de la esfera
que mueve el Popol Vuh,
y aliento de amor en nuevo mito
que prefigura el Ollantay;
Nosotros,
bajo un cielo de plomo,
con un nudo de sombras en los ojos
apretamos la noche
en la mitad del día...

6: Los designios

Nos ataron
a la cuerda vibrátil de la idea
los cascabeles de un lenguaje
roto en rémoras,
para tallarnos la esperanza en el dolor:
arrobante punción de la palabra
en la sinuosidad de su destello.
Nos hablaron
de un don de madrugadas
en la torsión del verbo hecho hombre, pero
Nos mostraron
las purpuraciones de las llagas
como advertencia de la fe.
Y ya apagado el eco,
Nos dejaron
empozado el grito en sus vertientes,
como ululante cautivo en propia entraña.

Así nos enredaron
el tiempo en barrizales,
con latigazos de páramos
en el paisaje inmóvil:
tinción de ponchos en sopor de niebla.
Así nos retorcieron el espacio
de todas las preñeces. Así,

un cáustico cayó sobre una esencia. Así,
como a traseros de la historia
nos escupieron más allá de la saliva.

7: El genocidio.

Resistir... Resistir... Estampidas y rimeros
de alas rotas: indios-águilas. Cayeron
como parte del peñasco: nido de indios.

Con su faro de sangre, a Anacaona
le cortaron su mar
en trágico azul de contrapuestos.

Cuauhtémoc, fue un plumón de fénix
polvoreando llamas;
y en la cuerda, el badajo del bronce indio.

¿Dónde está el oro, Rumiñahui?,
le gritaron
El indio con su diestra en garfios,
¡Tomen!..., les dijo,
mostrando sus pudendas
El tormento hendió su cuello de águila;
escupió una carcajada;
tembló la cordillera:
nacía el guerrillero.

Allá en los collados de Cerquín, Lempira,
cabellera al viento,
ondula en la frente de su pueblo;
cabellera al viento, Lempira: una bandera.

En Arauco
fosforecen las campiñas: Caupolicán
es un cíclope; primero mata,
y en un grito de nácar y de rabia
sucumbe después sobre sus flores.

Bajo un duelo de cielo, en voz de antorcha
Condorcanqui llama al negro. Unámonos,
le arenga a piel de sombra. Ambos cayeron.

Más allá, otro Túpac, Catari, igual cayó.
Cayó Secuoyah, cayó Lambere;
cayó Calarco, cayó Urraca;
juntos cayeron Clara y Caramao;
Tucum Uman cayó y cayó Abayuba;
cayeron Carabito y Guacaypuro.
Tehuelche y Nicarao; cayeron
Kiruba y Daquilema. ¡Cayeron!...

8: El regreso.

Resistir... Caer... Renacer...
La sangre es girasol y es filtro
que gotea los mosaicos aborígenes
en ramales de distancias,
en tramos de planicies,
en quiebras de montañas,
en vientres verdeselvas,
en láminas de ríos
y enlaces de aguamares.
Bocina y caracola.

... Ser raíz y no ser árbol... Acaso así
enardecieron el corte secular
de los ramajes pensativos; pero derramó
un olor de humedad la misma tala,
y el tiempo en duermevela
fue cuajando el perfil de los retoños.

Sembraron horizontes,
tejemos el paisaje;
la esperanza
la paren las madres amerindias,
de Anacaona a Rigoberta,
día a día, tambo a tambo,
en suma de trayectos,
a 500 jornadas del regreso.
Resistir... Vencer... Brazos de historia.

9: El testimonio

Amerindia:

Premonición de un signo de ultrapuertos
en nave inquieta y vehemente catalejo,
y anémona salida
del furor de un oleaje entre dos mundos
a orillas del ayer.

Amerindia:

en playas de mudanzas
y climas violentos
el signo fantasea con tu raza
sus 500 refugios inundados
y fábula en espejuelos su génesis vital

Oh, Amerindia, Amerindia:

de frente a la ola que acrecieron
las naves quinientonas,
nuestras manos de tiempo
y de sal roma,
desatadas de la noche moribunda,
remueven las arenas del pasado
y enhoyan las espumas quebrantadas
que traen el rumpir de esos oleajes.

Oh, Amerindia:

testimonios por lomos de caminos,
penco y polvo junto al pie que avanza,
aquí vamos empujando el día,
piel cobriza, rostro pétreo,
mirada de obsidiana,
bronce y campana sobre cinco siglos.
Indios somos: ombligos de tu barro,
barro y molde de un origen,
gota y río de civilizaciones,
testimonios por lomos de caminos.

10: El juramento

Asomémonos ahora, hermano negro,
al borde de nuestras sensitivas
que remecen las segresaciones;

juntemos nuestras manos y palpemos
las entrañas de epopeyas
que sangró tu signo y sangró el nuestro
en los cruelísimos tajos del tirano
contra el pálido junco del vencido;
pero miremos a ras del pedernal
asimilado al alfanje del relámpago,
que ya envuelto en luz metálica
cruza un negro armado en negro,
cruza un indio armado en indio;
y en rojo,
se abre un himno por los labios
de dos razas con entrañas de epopeyas

Oh, Amerindia,
míranos
en esta hora marcada
de pueblos y raíces;
míranos
con el dorso arqueado en estampa india
levantar la armonía de nuestra honda
y lanzar sobre el haz del calendario
el macizo guijarro del canto indio.

Como honderos cargados de horizontes,
que han visto nacer las madrugadas
entre la espiga y el volcán,
oh, Amerindia,
juramos repreñar la luz para cada indio
y sacar la aurora con las manos
del último socavón de su penumbra.

Y nos verán a flor de la diversidad
seguir los girasoles de la historia
con nuestro estambre de horizonte abierto;
y nos verán,
junto al hasta hoy nomás tirano,
medir con la estrella de paz
de un alto sueño
la hermosa longitud de la esperanza.